

# **La Cruz (2)**

James BOYD

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - La historia del hombre</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - La obra de Dios</b> . . . . .	<b>5</b>
<b>3 - El hombre de los consejos de Dios</b> . . . . .	<b>6</b>
<b>4 - El Padre glorificado</b> . . . . .	<b>8</b>
<b>5 - El impacto moral de la cruz en los creyentes</b> . . . . .	<b>9</b>

## 1 - La historia del hombre

La historia del hombre como pecador caído –sus errancias, sus actividades caprichosas, su inquietud febril, su carrera desenfrenada, su olvido deliberado de su Creador– no comienza con Adán en su condición caída, sino con su posteridad. Lo que había en él cuando rompió su relación con Dios debía, por lo que se nos dice, ser revelado en su descendencia: de su historia personal no tenemos ningún relato. A través de su linaje, aprendemos lo que era, pues lo que son los descendientes, lo son por herencia. Lo que nace de la carne es carne, y lo que era la carne cuando el pecador fue expulsado del Jardín del Edén debía aún ser manifestado. Tardó 4.000 años para hacerlo, pero la paciencia de Dios estuvo a la altura de la tarea.

Durante este largo período, el hombre ocupa la escena y, en su historia, vemos las fuerzas del bien y del mal afrontarse sin cesar. Esta cuestión del bien y del mal, en la que el hombre se ha inmiscuido en detrimento suyo, debe ser tratada en el hombre, resuelta y zanjada. El triunfo del uno debe implicar incuestionablemente la destrucción del otro. En este conflicto, no puede haber cuartel, ni compromiso, ni armisticio. No solo eso, sino que los ejércitos y los partidarios de los vencidos deben encontrarse siempre en la humillación de la derrota y soportar las sanciones impuestas por el vencedor.

Entre bastidores y fuera de la vista están los poderes que dirigen estas fuerzas –Dios por un lado y el diablo por otro– y según la naturaleza del poder a cuyo servicio se pone, la criatura está bajo el dominio del bien o del mal. Dios es bueno, hace el bien y conduce siempre a la criatura sumisa por el camino del bien. El diablo es malo, practica el mal, conduce a los que engaña por el camino del mal y no conoce la misericordia. ¡Ay de la desgraciada criatura que cae bajo la influencia de sus engaños!

No es omnipotente, ni puede influir en el hombre para que haga el mal sin el consentimiento de este. La criatura que sirve en el ejército del diablo demuestra su consentimiento. Al ponerse ciega y fanáticamente al servicio del diablo, un hombre puede caer bajo su control total, pero no puede ser reclutado a la fuerza para ese servicio.

En la historia de la raza caída, vemos estas fuerzas morales en acción. Y ¡qué historia para meditar! Desde el principio, se manifiesta un espíritu de enemistad hacia Dios. En la ofrenda de Caín, este estado de ánimo es bastante perceptible. Se niega a reconocer que el juicio de muerte pende sobre él. Está dispuesto a admitir que gracias a

la generosidad de Dios se satisfacen las necesidades de su criatura, pero no reconoce en absoluto su condición pecaminosa. La Palabra de Dios no tiene cabida en él. Por eso mata a su hermano, porque la ofrenda de Abel atestigua el reconocimiento de su condición pecadora.

La corrupción de la carne y la violencia del demonio llenan la tierra y esclavizan al género humano desde hace cerca de 2.000 años después de la caída. Y si algunos escuchan la voz de Dios, no pueden purificar este río humano contaminado, ni alterar su curso desastroso; solo pueden dar testimonio del juicio seguro de un Dios airado, que pondrá fin a esta horrible situación resultante del comportamiento sin fe ni ley de la criatura impía. En el juicio del diluvio, este mundo tan ofensivo para Dios desaparece, y solo 8 personas encuentran refugio en el arca.

¿Hay una mejora, a partir de entonces, de la historia del hombre? Lamentablemente, no. La torre de Babel, las ciudades de la llanura, la iniquidad de los amorreos, los horrores de los cananeos y otros males, nos muestran el resurgimiento de las abominaciones del mundo anterior al diluvio, sus corrupciones y su violencia. La adoración de todo lo que no es el Dios verdadero, las crueldades y las opresiones, los libertinajes en los que se revolcaban los hombres por doquier (*Rom. 1:21-23*), obligaron a Dios, para tener algo para sí en la tierra, a llamar del mundo a un hombre para que fuera su testigo, un testigo del único Dios verdadero en medio de un mundo entregado a la adoración de los demonios (*Jos. 24:2-3; 1 Cor. 10:20*). Los descendientes de este hombre descendieron a Egipto, donde se convirtieron en esclavos de los egipcios; y cuando Dios los sacó de allí, después de haber hecho grandes señales y prodigios en la tierra de Cam, lo provocaron cada día en su viaje a Canaán; y cuando estuvieron en ese país, practicaron mayores abominaciones que las de los habitantes originales de esa tierra habían hecho. Quebrantaron la Ley, persiguieron a los profetas, apedrearon a los que daban testimonio de que Cristo iba a venir y, cuando él se presentó, lo traicionaron y le dieron muerte (*Hec. 7:52-53*).

Desde el comienzo de su historia caída, la anarquía del hombre ha seguido aumentando tanto en nivel como en profundidad de corrupción moral, hasta que en la cruz traspasara todos los límites e intentara extinguir la autoridad de Dios en la tierra. Este es el colmo de la transgresión del hombre, la noche más oscura de su rebelión contra Dios. Aquí, la maldad sin mezcla del corazón humano ha llegado a la cumbre de una hostilidad insensata. Aquí, no era el testimonio de la creación lo que encontraba, ni la Ley con la que entró en conflicto, era Dios mismo a quien se enfrentó, era el Todopoderoso con quien llegó a las manos. ¿Y quién no podía prever el resultado de semejante batalla?

Desde el punto de vista de la criatura, la cruz en la que Cristo yacía muerto podría parecer la victoria de la carne pecadora y, si no fuera por la resurrección, bien podríamos renunciar a la esperanza de ver triunfar la justicia. Pero a la luz de la resurrección y de la gloria del Salvador, y del postrer Adán en la presencia de Dios, la cruz significa para nosotros la destrucción de todo el poder del mal. En la cruz está el fin de toda carne ante Dios. Aquella hora en que se manifestó en todo su horrible odio a Dios fue la hora de su total y completa condenación. Por medio de la cruz, ha sido completamente puesta de lado bajo el juicio de Dios. Ella continúa comportándose de manera anárquica como si hubiera ganado la victoria, pero su tiempo de prueba terminó cuando rechazó al Dios que vino en gracia. En este sentido, su condenación y su fin coinciden con la muerte de aquel que representó al hombre en el momento en que se desató sobre él el juicio de Dios (Rom. 8:3), y es privilegio del creyente aplicarse esto a sí mismo de manera personal, y decir con el apóstol: «Con Cristo estoy crucificado» (Gál. 2:20).

## 2 - La obra de Dios

Qué alivio es apartar los ojos de los caminos torcidos y rebeldes de la raza caída y fijarlos en lo que Dios ha hecho en la persona y la obra de su Hijo amado, el hombre de sus consejos, la cabeza y el centro de otra raza que ha brotado de Él mismo y ha de sustituir a la antigua raza caída ante Dios. Para llevar a cabo esta tarea, no hay que estudiar la historia de los pecadores caídos, sino la de Dios que debe ser estudiada. Si el envío de su Hijo al mundo fue la prueba final del hombre, fue también el comienzo de la intervención de Dios para liberar al hombre del poder del mal. La cruz ha despejado la escena del antiguo estado de cosas, y mediante la resurrección y la gloria de Cristo, la Cabeza del nuevo orden está establecida en la presencia de Dios.

Aquí, vemos a Dios como el obrero, y al hombre como el objeto de su trabajo. Tiene en su presencia al Hombre que es la cabeza vivificante de una raza celestial y espiritual, y cualquier persona que no es de este Hombre ha de ser rechazada. En la actualidad, el trabajo del hombre no sirve para nada, excepto para condenarlo en el día del juicio. Debe ser salvado por Cristo. No hay salvación en ningún otro. Él es la justicia para todo ser humano bajo el cielo, y debe ser recibido como tal, por la fe, como un don gratuito de Dios. El hombre debe nacer de nuevo. Debe tener una nueva vida y una nueva naturaleza. La vida antigua es pecaminosa y corrupta

y no puede ser reparada. Pero la vida eterna está en el Salvador resucitado, y «el que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Juan 5:12).

La relación y el favor en que se encuentra el Hijo, lo disfruta el creyente, porque nos ha hecho entrar en el favor del Amado. La redención del cuerpo es todo lo que estamos esperando, y la tendremos en la venida de Cristo. En el cielo apareceremos como la obra de Dios; solo lo que él ha hecho puede estar allí, pero nosotros somos su hechura, creados en Cristo Jesús, y en todo esto somos el fruto de su trabajo; la pregunta ahora es: ¿Qué ha hecho Dios? El lago de fuego eterno mostrará lo que ha merecido la obra del hombre, y esa será la porción de todos los que están decididos a rechazar el plan de salvación de Dios, que está en Cristo, y que se predica en todo el mundo en el Evangelio de su gracia.

## 3 - El hombre de los consejos de Dios

Es mediante el hombre de los consejos de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que Dios, tal como lo conocemos, y su obra han sido revelados. Vemos su obra de gracia en aquel que, «existiendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que sí mismo se despojó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y siendo hallado en figura como un hombre, sí mismo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:6-8). La desobediencia del hombre según la carne le llevó a la muerte, y en los caminos de Dios, como hemos visto, la cruz fue su fin bajo el juicio de Dios; pero la cruz fue también el fin del hombre obediente que vino en carne y sangre, pues vino en semejanza de carne de pecado, para poder presentarse como representante del hombre ante Dios, cuando su juicio se desencadenó contra el hombre natural (Rom. 8:3). El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros (2 Cor. 5:21). Nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Rom. 6:6).

Lo que significó para este hombre santo y sufriente ser considerado pecado y soportar el juicio que merecía, no lo puede decir la lengua de ninguna criatura. Pero cuando pensamos en lo que era –el Hijo eterno que siempre había estado en el seno del Padre, para quien el pecado era tan odioso como lo era para Dios– y cuando nos damos cuenta de este hecho asombroso de que tenía que ser considerado como tal, y tenía que ser tratado como merecía el pecado, solo podemos tener una débil comprensión del horror que se presentó ante su alma en la noche de su traición. Desde

su entrada en el mundo, el asesinato había perfilado en su camino; la persecución había seguido sus pasos a lo largo de su ministerio público; una fría ingratitud era su recompensa por parte de aquellos que se habían enriquecido con su generosa bondad. Entre sus discípulos, uno lo entregó a sus enemigos con un beso de traición, otro negó conocerlo, maldijo y juró decir la verdad, y los demás huyeron y lo abandonaron en manos de sus enemigos. Pero todo esto, por desgarrador que fuera, no era nada comparado con lo que le esperaba en las tinieblas del Gólgota.

¡Oh, la soledad, la pena, la angustia, el dolor de Getsemaní, frente a un mundo en rebelión contra Dios, cuyo príncipe es Satanás, como el dragón en el mar, dispuesto a ensañarse contra el Hijo de Dios! Nunca antes la creación había presenciado un espectáculo como el que, a la sombra de este jardín aislado, se desarrollaba bajo el cielo. Nunca un ser humano se había encontrado en una situación semejante. Asediado por sus enemigos, abandonado por sus amigos, tenía ante él la muerte, el poder de Satanás y el juicio del pecado. Sus fuerzas se debilitaron, sus días se acortaron, y el demonio hacía todo lo posible para interponerse entre su alma y su Padre, para que su confianza en Él fuera destruida. No hay que temer que este conflicto tenga tal resultado, pero la batalla debe ser peleada, la prueba debe ser vencida, y el alma santa del Divino Salvador debe pasar a través de ella, no por su propia fuerza, por poderosa que sea, sino en dependencia de su Padre. Por eso recurre a la oración.

El ataque del demonio solo tiene como efecto aumentar su dependencia hacia su Padre. Ora con más fervor. Como hombre de fe, atraviesa la prueba. Una palabra suya habría enviado al diablo al lago de fuego más bajo, como sucederá en un tiempo que se acerca rápidamente. Pero eso lo habría sacado de la dependencia de Dios, y entonces el diablo habría obtenido una victoria en esta situación. Hay que poner un fundamento en la justicia, sobre el cual pueda estar establecido el consejo divino, y esto no podía hacerse sin su muerte, pues mientras viviera no podía llevar al hombre a Dios en la justicia.

Por eso debe llevar su obra hasta el final. Dijo: «Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Sal. 40:6-8). Ahora no retrocederá, sean cuales sean los terrores a los que se enfrenta. Y ninguna criatura podrá saber jamás cuán grandes fueron esos terrores. Pero el hecho mismo de su santidad absoluta, y también de que el seno del Padre ha sido siempre su morada, acentúa infinitamente la amargura de esta copa amarga.

Lo vemos ante la tumba de Lázaro, estremeciéndose en su espíritu al contemplar el rostro despiadado y repulsivo de la muerte, y derramando lágrimas ante el sufrimiento que era capaz de engendrar, incluso en el corazón de sus discípulos amados y devotos. Pero ahora, debía afrontarla él mismo, en toda su negrura y amargura, bajo el juicio de un Dios justo y santo. Solo y sin consolador, ahora debe afrontarlo como el portador del pecado, cuando toda la maldición y la ira debidas al pecado van a caer sobre su santa cabeza, y en su hora de dolor y soledad, debe saber lo que es estar abandonado por Dios.

¿Qué palabras pueden describir la agonía de ese momento en que toda la ira de Dios contra el pecado debe expresarse en la tormenta que caerá sobre su cabeza indefensa? Cuando las compuertas de la ira de Dios se abrirán, cuando un abismo llamará a otro abismo, y todas las olas y los torrentes de esa ira pasarán sobre su alma. Pero en Getsemaní, todo esto ha sido anticipado, hasta que la angustia interior de esta hora terrible se manifiesta en grumos de sangre. Un ángel está allí para sostener su debilidad corporal, pero su espíritu encuentra su fuerza en la oración, y porque está allí debido a su sumisión a la voluntad divina. Por eso vuelve de allí con su calma y tranquilidad habituales, para entregarse en manos de sus enemigos, enemigos que, en su presencia, solo podían mostrar una impotente debilidad, retrocediendo y cayendo de bruces cuando les dice que es a él a quien buscan.

Ha tomado la copa de la mano del Padre y la beberá hasta las heces. Su amor por su Padre y su obediencia a sus mandamientos son perfectos. Además, estaba decidido a tener a los suyos con él en su gloria, como compañeros eternos. No podía impartirnos su vida hasta que fuera eliminado el juicio que pesaba sobre nosotros, y la única manera que tenía de eliminarlo era de soportarlo. No podía reconciliar la carne pecadora y su propia presencia en el mundo de pureza al que iba. La justicia deber cumplirse, nuestros pecados deben estar expiados y la naturaleza culpable que los originó debe ser juzgada. Luego, por medio de la resurrección, puede unirnos a él en vida, y tenernos finalmente con él en su gloria.

## 4 - El Padre glorificado

El Padre ha sido glorificado, glorificado en el Hijo de su amor. Habló las palabras que su Padre le dio de pronunciar. Hizo las obras que el Padre le dio que hiciera. Cumplió perfectamente los mandamientos del Padre, sin salirse nunca de ellos. Fue obediente hasta la muerte, y la muerte de cruz. Fue sobre todo la cruz la que puso

a prueba esta obediencia, pero la respuesta de Cristo fue perfecta. Él, que siempre hizo la voluntad de Dios, fue entregado en manos de los hombres, colgado de una cruz y luego abandonado por Dios, pero no murmuró, ni se quejó, ni acusó al Padre de injusticia, como el fariseo imbuido de su persona: «Hace tantos años que te sirvo sin transgredir tus preceptos» (Lucas 15:29). Todo lo que hace el Padre es justo: «Tú eres santo». La gracia y el amor de Dios han sido puestos a la luz, así como su odio al pecado. Ya no se puede acusar a Dios de ser indiferente al mal, aunque se proclame en todo el mundo el arrepentimiento y el perdón de los pecados. Tampoco se le puede acusar de descuidar la felicidad de su criatura, el hombre, desde que envió a su Hijo como Salvador del mundo.

Habiendo sido glorificado por su Hijo en la cruz de la vergüenza, la barrera que se interponía entre él y la bendición del pecador caído ha sido eliminada, y puede actuar con justicia en gracia hacia todos. En virtud de esta cruz, la gracia reina a través de la justicia, y el más vil puede ser acogido por Dios. No solo puede perdonar, sino que también puede justificar al pecador creyente, vivificarlo con la vida de su Hijo, llevarlo a la misma relación consigo mismo que aquella en la que está ese Hijo, hacerlo miembro del Cuerpo místico de Cristo y darle la brillante perspectiva de morar en su Casa por la eternidad.

## 5 - El impacto moral de la cruz en los creyentes

Cualquiera que sea el valor de la cruz como testimonio de la enemistad del mundo contra Dios, es ella la que da al creyente una mayor gloria. Por medio de ella, Dios da testimonio de su amor insondable, y es el mayor testimonio que el hombre ha tenido y podrá tener jamás. Cuando mira hacia atrás, ve la escena en la que ese amor se elevó por encima de todos los obstáculos, venciendo el odio del corazón humano y sentando las bases de la bendición para todos los hombres. Incluso en la gloria y el esplendor de la Casa del Padre, nada en su entorno dará mayor testimonio de la gracia y el amor eternos de Dios que la cruz; y en esa cruz, donde sufrió su Salvador, contemplará a menudo con asombro, adoración y culto. Como testimonio de la gracia, de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios, la cruz no puede ser superada, ni igualada jamás.

¿Y qué decir del amor del corazón de Aquel que murió en esa cruz? Supera todo conocimiento. Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final. Los amó más que todo. Lleno de riquezas indescriptibles en el cielo, vio

nuestra miserable condición en la tierra, y lo dejó todo por nosotros para que, con su pobreza, fuésemos enriquecidos. Nos amó y él mismo se entregó por nosotros. Bendito sea para siempre su santo nombre. Esperamos el día en que podamos verle tal como es y alabarle como quisiéramos. Señor, apresura ese día.

Pero esta cruz se interpone entre nosotros y un mundo que rechaza a Cristo. ¿Cómo podemos amar a lo que lo odia? ¿Cómo podemos ser amigos de lo que le ha negado sus derechos y está manchado por su sangre? Esta cruz ha roto el vínculo que nos ataba a las cosas del mundo. Podemos predicar el amor de Dios a los hombres y rogarles que se reconcilien con Dios, pero no podemos perdonar el sistema del mundo, porque el diablo es su príncipe, y él es el culpable del rechazo y asesinato del Hijo de Dios, y si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. En el mundo no hay más que codicia y orgullo, y Dios ha señalado un día en que lo juzgará por medio de Cristo.

La cruz se interpone entre nosotros y el mundo. Es una barrera que no podemos cruzar sin parecer traidores a Cristo. Hablando de sus discípulos, el Señor dijo: «Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo» (Juan 17:16). Entonces, ¿cómo podemos comportarnos como si fuéramos «del mundo»? ¿Qué pasa con su política, sus placeres, sus diversiones? ¿No tenemos cosas mejores que hacer que preocuparnos por las cosas del mundo? Dejemos que los que están moralmente muertos sigan con sus obras muertas, pero los que tenemos una vida celestial fijemos nuestros pensamientos en las cosas del cielo, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Le debemos todo, y debemos mostrar con nuestras acciones que apreciamos lo que ha hecho por nosotros. No podemos complacernos en este mundo y escapar a su juicio. El alma que comprende algo de la cruz y del corazón de Aquel que murió allí, no tendrá apetito para los deleites del mundo, ni ojos para sus glorias. Se gloriará en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la que el mundo ha sido crucificado a él, y él al mundo. Que esta cruz tenga un verdadero impacto moral en los corazones y las mentes del lector y del autor.